

Dirección

M^a Delia Carvajal

Propietaria

Oficina:

Calle 5a. Sur
No. 631Teléf. 2409
Apar. 1687

San José, Costa Rica

CELAJES

Costumbres Chorotegas

Por Anastasio Alfaro

El grabado que publicamos presenta la navegación en el Golfo de Nicoya, a la entrada del río Tempisque, contra viento y marea. Es una reconstrucción del pintor Julio Solera, en que aparecen dos indios desnudos, impulsando con remos un bongo, mientras el cacique de pie en la popa da la dirección a la nave, por medio de otro remo, igualmente largo. El paisaje tiene un carácter notadamente tropical, por que en la mente del artista vive la imagen de los cocoteros, los ranchos indígenas, los nidos de oropéndolas, los maizales y jicaras, como Sorolla, el pintor valenciano tenía grabadas en la retina la forma de las embarcaciones, las selvas al viento, los grupos de pescadores y otros motivos de sus cuadros admirables.

En cuadros históricos todas las figuras se mueven en la mente del artista en virtud de recuerdos, más o menos verídicos según los documentos o tradiciones en que se basan los hechos, mientras en los paisajes tomados directamente del natural la copia es a veces tan exacta como la propia fotografía. En que las funciones del artista se limitan a la elección de la luz más apropiada al efecto que desean conseguir. Solera no hace un dibujo previo, sino que combina los colores en la paleta y lleva al lienzo con el pincel las figuras admirables que viven en su mente, así sean indios desnudos, ranchos de paja, nidos colgantes de oropéndolas, palmas de cocoteros o maizales, todo en su colorido propio, que la vista no se cansa de contemplar, por la belleza del conjunto y la exactitud de todos sus detalles



Los recursos pictóricos tienen el encanto de revivir el recuerdo de tiempos remotos, que no volverán a presentarse; recuerda las casas en que pasamos los años infantiles, para todos siempre inolvidables, recuerda la vida campesina, con sus árboles frutales, los patios de recreo, donde jugábamos bolas de vidrio, trompos y papelotes, con tantos camaradas, que nos acompañaron a pescar sardinas y barbulos, y que se fueron para no volver jamás.

El mérito del retrato tiene un número limitado de admiradores, mientras en el paisaje todos podemos estimar las aguas del mar, la forma y tinte de los árboles, el color de la yerba y demás detalles propios de campo, que hemos observado con deleite repetidas veces. Hay tal armonía de colores en todos los detalles del cuadro a que nos referimos, que la mente se remonta encantada a los pasados siglos, cuando los indios disfrutaban de la vida precolombina.

Tenemos otro paisaje, pintado por don Ezequiel Jiménez Rojas directamente sobre el campo, a orillas del río Cañas, en el cantón de los desamparados, que es una verdadera obra de arte, atraído a primera vista, cuyos encantos son cada vez mayores con el transcurso de los años, porque nos recuerdan el campo donde coleccionamos helechos, pájaros e insectos, sobre la margen de un riachuelo de aguas cristalinas, donde había un árbol de guayabas deliciosas, con vista a las montañas de la Carpintera, en el fondo, bajo un cielo azul encantador.

Para la navegación usaban los chorotegas bongos fabricados de un tronco de ceiba, que es un árbol muy grueso y barrigón de cuarenta metros de alto, propio de la vertiente del Pacífico, desde Nicaragua hasta Panamá. Está sostenido por ramas anchas, la corteza es verde y lustrosa y su madera de consistencia ligera, todo lo cual facilita la com-

trucción de bongos, botes y canoas de tamaños diversos.

Tenían los indios gran movimiento comercial en el Golfo de Nicoya, porque en la isla de Chira se hacía muy hermosa loza de cántaros, tinajas, ollas y jarrros, y otras vasijas de un lindo color negro, con lustre del más pulido azabache; algunas de esas piezas eran tan preciosas, que se podían regalar a un príncipe por su limpieza, según palabras textuales de Gonzalo Fernández de Oviedo, que estuvo presente en 1529.

Las indias manejaban las embarcaciones menores con canaletes y remontaban los ríos Corubici, Nandayure y Nosara, vendiendo chicheme, biscochos o empanadas, mientras los varones salían en las afueras del Golfo, con los bongos mayores, usando las velas y remos, según las circunstancias. Para todas estas maniobras había marineros de ambos sexos que eran además muy hábiles nadadores e intrépidos en los casos de naufragio, tan frecuentes en los raudales y desembocadura de los ríos.

Los motivos históricos pueden repetirse, sin que pierdan el encanto de la novedad, según los recursos pictóricos del artista, que pueden variar en forma diversa sin desvirtuar la idea primordial. ¡Cuántas veces en nuestras investigaciones de la Naturaleza hemos admirado los encantos de un paisaje, que logramos cantar con la cámara fotográfica y cada vez que observamos sus detalles nos parecen más encantadores! Cambia la luz a cada instante y con ella los tintes del ambiente, que modifican el cuadro de la Naturaleza, presentándolo siempre nuevo y atractivo.